
“RIVALIDAD POR EL PRESTIGIO EN SANTIAGO ZAPOTITLÁN, UN PUEBLO ORIGINARIO DEL ANÁHUAC”

“RIVALRY FOR STATUS IN SANTIAGO ZAPOTITLÁN, A NATIVE TOWN OF THE VALLEY OF MEXICO”

Investigador Titular: Dr. Mario Ortega Olivares¹
Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco

CDID “Centro de Documentación, Investigación y Difusión de Psicología Científica”²
Universidad Católica “Ntra. Sra. De la Asunción”

Recibido: 5/08/2015

Aceptado: 20/09/2015

Resumen

Santiago Zapotitlán, un pueblo originario absorbido por la Ciudad de México, se divide en dos barrios el del Señor Santiago y el de su Señora Santa Ana o *Cihuatlampa*. Un complejo sistema de mayordomías, se encarga en cada barrio de celebrar sus fiestas patronales. Por su carácter dual se desata una profunda rivalidad entre las mayordomías, para obtener el mayor prestigio mediante espectaculares celebraciones. En esta disputa participan tanto la familia extensa, los compadres y vecinos de los mayordomos del Señor Santiago, como los correspondientes de la Señora Santa Ana. Una resolución ritual no disyuntiva de tal rivalidad entre facciones, es condición necesaria para que el pueblo actúe como una comunidad subjetivamente cohesionada. En la defensa de sus tradiciones y cosmovisión, ante las crecientes presiones de la vida urbana neoliberal.

Palabras clave: Prestigio, Rivalidad, Santiago Zapotitlán.

108

¹ Correspondencia remitir a: Dr. Mario Ortega Olivares, ortegaoli@hotmail.com Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco

² Correspondencia remitir a: revistacientificaureka@gmail.com o norma@tigo.com.py “Centro de Documentación, Investigación y Difusión de Psicología Científica”, FFCH-Universidad Católica de Asunción-Paraguay.

Abstract

Santiago Zapotitlán, a native town which has been absorbed by Mexico City, is divided in two neighborhoods, Señor Santiago and Señora Santa Ana or *Cihuatlampa*. In each neighborhood, a complex system of *mayordomías*, or stewardships, is responsible for organizing patronage festivals. Their dual nature has given rise to intense rivalry between the *mayordomías* to outshine one another through spectacular celebrations. The extended family, compadres, and neighbors of the respective stewards of Señor Santiago and Señora Santa Ana take part in the dispute. A non-divisive ritual resolution of the rivalry between factions is a necessary condition for the town's inhabitants to act as a subjectively cohesive community, in defense of their traditions and world view, in the face of growing pressures from neoliberal urban life.

Keywords: Prestige, Rivalry, Santiago Zapotitlan.

La rivalidad para la Psicología Social

109

El análisis de la rivalidad entre mayordomías, al seno del pueblo originario de Santiago Zapotitlán, adquiere relevancia para los estudios de la Psicología social comunitaria, porque ella estudia los factores psíquicos y sociales que permiten fortalecer el control que los individuos ejercen sobre su ambiente social y personal, para solucionar problemas que los aqueja y lograr cambios en esos ambientes y en la estructura social (Montero, 2004, p. 70). Dado que una resolución no disyuntiva de la rivalidad entre dichas facciones, es condición necesaria para que el pueblo siga actuando como una comunidad cohesionada en la defensa de sus tradiciones y cosmovisión, ante las crecientes presiones de la vida urbana neoliberal. El enfoque de este artículo es congruente con el esfuerzo de los psicólogos comunitarios de la universidad nacional. Comprometidos con las comunidades originarias del Anáhuac, que desde el presente reivindican un pasado mesoamericano, en base al fomento de valores colectivos como la solidaridad, la reciprocidad y la autonomía (Herazo, 2015, p. 8).

Nuestro pueblo se ubica en la delegación Tláhuac de la Ciudad de México. Antes de su urbanización se dividía en dos barrios, el de “ricos” y el de “pobres”. Esa antigua partición dual, ha sido rebasada por la incorporación de originarios a los empleos y servicios de la ciudad. La composición de clase no es binaria, sino heterogénea en uno y otro barrio. Si hay alguna distribución territorial a partir de los ingresos, esta tiene un carácter concéntrico. Los originarios se concentran en el centro del poblado, mientras que los inmigrantes de menores ingresos, se refugian en la periferia. Levantan asentamientos irregulares sobre los ricos suelos de la reserva ecológica. La distribución de la población comprometida con las mayordomías, semeja el núcleo de un tubérculo que se concentra alrededor de la plaza, del cual se desprenden rizomas cada vez más finos en las nuevas colonias de avecindados. Tal distribución corresponde más a redes de parentesco, que a un espacio territorial delimitado.

Aunque el 94 por ciento de los habitantes de pueblo está alfabetizada y el 78 por ciento de las amas de casa comprar en almacenes *Wal-Mart*. En el imaginario de las familias originarias sigue presente la división dual de Zapotitlán en dos barrios. Por eso cuando se fundó la colonia Conchita, una parte de los originarios se incorporó en términos rituales al barrio de Santa Ana; y otra al barrio de Santiago. Durante la celebración anual de las dos Fiestas de Luces y Música en febrero y junio revive el “dualismo”. Las mayordomías encargadas de celebrar las fiestas patronales por barrio entran en rivalidad, para presentar el mejor castillo de cohetes o invitar a la mejor banda.

Pueblos originarios del Anáhuac

Desde el momento en que Cristóbal Colón pisó las tierras de nuestro continente, cometió el error de denominar “indios” a sus pobladores, como es bien sabido creyó haber arribado a la India. Tras su derrota y el establecimiento del régimen colonial en la Cuenca de México se les confinó en “repúblicas de indios” para segregarlos y facilitar el pago de tributos. Los blancos de la Nueva España los denigraban al calificarlos en forma peyorativa de: “naturales” o “indios”. El trato despectivo fue perpetuado por los mestizos durante la Independencia, la Reforma y hasta durante la Revolución. Los habitantes de los pueblos ubicados al sur y al poniente de la cuenca del lago de Chalco-Xochimilco, huyeron de la discriminación étnica que padecían al ir a trabajar a la Ciudad de México por hablar náhuatl, abandonaron su idioma desde mediados del siglo XX (Medina, 2000, p. 9).

Ante la acelerada expansión de la mancha urbana, muchos pronosticaron su desaparición. Pero durante la última década del siglo pasado ocurrió un proceso de reafirmación étnica en los pueblos de la delegación de Milpa Alta, Xochimilco, Tláhuac, Cuajimalpa y Álvaro Obregón bajo el contexto del levantamiento neo-zapatista en los Altos de Chiapas, la firma de los acuerdos sobre San Andrés Larráinzar y la aprobación del convenio 169 sobre derechos indígenas por parte de la Organización Internacional del Trabajo. Aunque se realizó un Foro de Pueblos Originarios y Migrantes Indígenas en 1996 (Escobar, 2009, p. 54). Fue en el primer Encuentro de Pueblos Originarios del Anáhuac, celebrado el año 2000 en San Mateo Tlaltenango, Cuajimalpa, cuando ellos mismos se reconocieron como originarios, por: ocupar estos territorios desde antes de la conquista española. Y por conservar formas tradicionales de organización social y política, que les han permitido preservar su identidad, cultura, territorio y subsistencia en la ciudad (Luna, 2005, p. 328). El concepto de originarios fue adoptado formalmente por los pueblos de Milpa Alta, con un definido contenido simbólico-político (Mora, 2007). Reivindicando su autonomía territorial, el reconocimiento de sus derechos colectivos y el respeto a las formas locales de organización social, cultural y política (Escobar, 2009, p. 47). Cuando se habla del carácter originario de los pueblos, se hace referencia a un pasado indígena, a una antigüedad histórica, a una conexión con la tierra, a la continuidad de la resistencia cultural para sostener el territorio, a la existencia de formas de organización autónoma y al mantenimiento de festejos tradicionales (Escobar, 2009, p. 46). Entre los pueblos de Xochimilco, Milpa Alta y Tláhuac, pese a la creciente influencia urbana, se mantiene viva la organización de mayordomías de origen colonial, si no es que prehispánico, encargadas de celebrar con gran vitalidad, festejos y rituales, tanto en la vida pública como en la privada. Fiestas, danzas y carnavales que a contracorriente de la presión globalizadora, *han adquirido una mayor complejidad y espectacularidad* (Medina, 2000, p. 9). En el ciclo ritual de tales comunidades se manifiestan rasgos de la llamada cosmovisión mesoamericana.

Según Andrés Medina, estos pueblos al emplear el término de originarios buscan distinguirse de los pueblos indígenas, para eludir la discriminación étnica que padecen. Pues *la invisibilidad de “lo indio” en la Ciudad es consecuencia de las prohibiciones coloniales que establecían a la Ciudad como el espacio propio de los españoles, tendencia que se extiende hasta los años sesenta del siglo XX* (Medina, 2007, p. 16).

Los pueblos originarios, al usar tal definición asumen su filiación indígena, pero subrayando su carácter de originarios, por ser herederos de los antiguos pobladores del Anáhuac. El concepto de originarios destaca su origen prehispánico y los ubica como habitantes de la Ciudad de México. En mis prologadas estancias entre los pueblos del sur de la Cuenca de México, he constatado que los dirigentes asumen con orgullo su carácter indígena, aunque reclamen su carácter originario como fundadores de nuestra nacionalidad. Sin embargo las personas comunes se reconocen como originarias para eludir la discriminación étnica que conlleva el estigma de “indios”. Consideremos ahora la fundación de dichos pueblos.

Mayordomías y fundación de pueblos

Tras la conquista española ocurrió una catástrofe epidemiológica por las epidemias de viruela y *cocoliztli*. La población diezmada por carecer de anticuerpos, fue congregada por instrucción virreinal. Si una comunidad reagrupada, quería adquirir el derecho a la tierra, debía cumplir con ciertos requisitos: a) delimitar los linderos del pueblo, b) los notables recibirían el bautismo, c) se impondría un nombre cristiano al *altépetl* y d) se designaría a un santo patrono. Pues a los pueblos: *territorio, templo, nombre cristiano y santo patrono son los atributos que le otorgan la individualidad y le confieren identidad* (Florescano, 2002, p. 185). James Lockhart, Solange Alberro y Luis Weckman, sugieren que los señores principales *solicitaban adecuar los días de sus santos patronos y las respectivas fiestas al calendario y las celebraciones prehispánicas* (Acosta, 2007, p. 132). Las mayordomías organizaban las fiestas del santo patrono, mediante el pago de cuotas y el cumplimiento honorario de labores comunitarias. Incluyendo la obligación de laborar las “tierras de santos”, so pena de pagar una multa (Acosta, 2007, pp. 133-134). Estas organizaciones no eran propiamente cofradías, pues los ingresos provenían más de las tierras agrícolas que de la cooperación de la gente del pueblo y solo se encargaban de los festejos, no de la seguridad social, sin embargo eran toleradas informalmente como mayordomías de indios (Portal, 1997, p. 147). El principal cargo era el de mayordomo. *Quien asumía un mayor compromiso y responsabilidad económica, aunque era el que más ganaba en reconocimiento y prestigio social* (Acosta, 2007, p. 155). No era un funcionario asalariado, su recompensa era el prestigio que le otorgaba la comunidad por realizar tan notable tarea (Portal, 1997, p. 148).

Para el siglo XVIII todos los pueblos y barrios de la región contaban con su templo, su patrono y su mayordomía. Las cofradías de indios se extendieron tanto que causaron preocupación entre las autoridades, *quienes veían con desagrado las fiestas que revivían tradiciones paganas, sobre todo en pueblos de visita que no contaban con un sacerdote fijo* (Portal, 1997, p. 148). Muchos pueblos nahuas al sur de la Cuenca de México fueron abandonados durante la Revolución, pero se repoblaron al concluir el conflicto. Afortunadamente los santos fueron rescatados y se recrearon los rituales festivos respectivos (Portal, 1997, pp. 154-155).

Prestigio y fiestas patronales

Ahora las mayordomías en los pueblos del sur del Distrito Federal, comparten rasgos como: la estructura en torno a un mayordomo mayor, la elección anual, el control financiero popular, una exigencia ética, mecanismos de inclusión y exclusión de sus miembros, jerarquías distinguibles y prestigio para los miembros activos de la mayordomía (Portal, 1997, pp. 151-152). Predomina un financiamiento mixto, que incluye las aportaciones del mayordomo y el pago de cuotas voluntarias por parte del pueblo. Tadeo (2007) comparó el prestigio que obtienen los mayordomos, con el que anhelaba la nobleza mexicana. Pues las celebraciones prehispánicas eran *en realidad fiestas honoríficas en las que el consumo de la riqueza de los individuos tenía como consecuencia el engrandecimiento de su estatus social* (Carrasco, 1979, p. 324). Ser mayordomo de las fiestas patronales no es un encargo sencillo, implica grandes responsabilidades y gastos. Se desempeña de manera honorífica sin recibir más pago que el reconocimiento público (Tadeo, 2007, p. 255). Los mayordomos construyen su prestigio al celebrar el ciclo ritual. Si ganan la confianza del pueblo se convierten en líderes que pueden obtener poder político (Romero, 2007, pp. 240-244). Haber sido mayordomo y cumplir con las obligaciones rituales facilita ganar las elecciones locales. Se puede llegar hasta a diputado. Los cargueros se esfuerzan por dejar una huella perdurable de su gestión, como adquirir una imagen religiosa o donar bienes sagrados a la parroquia o capilla local (Estrada, 2005, p. 351).

En medio de la mancha urbana emergen procesiones que interrumpen el tránsito en las vías principales. Los rituales reactivan los límites de los pueblos hoy urbanizados, los pueblos reaparecen como comunidades cohesionadas y exitosas.

Este mecanismo ha sido construido históricamente y ha cobrado mayor importancia frente a la resistencia (también construida históricamente) de la sociedad y de las instancias de gobierno a reconocer la presencia histórica y actual de los pueblos originarios (Romero, 2007: 234).

El prestigio que acumulan los mayordomos responde a la alegría que logran despertar en las fiestas. *De allí que cada año los mayordomos en turno busquen superar la fiesta del año anterior, tanto en la calidad de sus elementos como en la cantidad de dinero invertido en su realización* (Portal, 1997: 156). Lo cual genera una rivalidad o pique entre los mayordomos de los diferentes festejos, danzas, rituales y carnavales del pueblo. Hay que lograr una fiesta con muchos invitados, con gran participación de los originarios, con buenas bandas de viento, además de vistosas procesiones, todo lo cual implica la inversión de sumas importantes de dinero (Romero, 2007: 234), pues los mayordomos están sedientos del aplauso popular. Sin embargo *las mayordomías se han visto afectadas debido a que en nuestros tiempos, participar en ellas para las nuevas generaciones, no representa la obtención de prestigio, reconocimiento o respeto* (Estrada, 2005, p. 360).

Moitiés sin reciprocidad matrimonial

La palabra *moitié* significa mitad en francés, se generalizó como categoría para el análisis de las sociedades binarias, tras la publicación del artículo *On Dual Organization in South America* de Claude Lévi-Strauss en 1994. Donde el teórico presentó a las *moitiés* como la manera más elemental de institucionalizar el intercambio de mujeres. Desde entonces, los antropólogos presuponen la presencia de un sistema de parentesco recíproco, en sociedades divididas por mitades. Sin embargo, Maybury-Lewis encuentra que las organizaciones “duales” de los *Ge* y los *Bororo* del Brasil central, no necesariamente incluyen *moitiés* que intercambien mujeres (Maybury-Lewis, 1979, p. 9). Los viejitos del pueblo de Santiago Zapotitlán –ubicado- en la Delegación Tláhuac de la Ciudad de México. Recuerdan que los muchachos de un barrio no podían entrar al otro pues los agredían (Ruzansky, 1999, p. 57).

Por ello, es difícil que alguna vez hubiera existido algún tipo de reciprocidad matrimonial o casamiento cruzado entre el barrio de los *ricos* y el barrio de los *pobres*. Las madres y los muchachos siguen prefiriendo a una novia originaria del pueblo, o al menos que sea de la “chinampería”, como llaman a la región integrada por *Tláhuac*, *Xochimilco* y hasta *Milpa Alta*. Pero todos pueden casarse con personas de cualquier lugar. Es más, si un fuereño “de la ciudad” se casa con una originaria de Zapotitlán, ella lo “atrae” al pueblo, hasta podrá ser enterrado en el exclusivo panteón del pueblo, previo pago de sus cuotas a las mayordomías.

Barrios duales en el área Mesoamericana

Thomas Norman encontró barrios que tienden a agruparse en un par de fracciones. La adscripción entre las *moitiés* será disyuntiva si las relaciones con sus vecinos del otro barrio son de rechazo y escasa identidad comunal. La adscripción conjuntiva en cambio, expresa un gran sentido de comunidad y una conducta cooperativa en la rotación de las funciones comunitarias de los barrios. El autor retoma el concepto de parentesco conjuntivo-disyuntivo de Radcliffe-Brown (Norman, 1988, p. 195). En Mesoamérica podemos identificar una relación “dual”; cuando los barrios dentro de un pueblo indio, mantienen una vecindad estrecha y veneran al mismo santo patrono. Los vecinos viven enredados en rivalidades y conflictos institucionales, pero reconocen a la otra facción como parte de su comunidad. Refuerzan su identidad al desempeñar roles interactivos, normados por la tradición. Para negociar la reciprocidad tanto en los rituales, como en los intercambios y el control social. En la época campesina de Zapotitlán, Santa Ana era el barrio de los *ricos* y se ubicaba delante de la iglesia, ahí vivían los Martínez dueños de ranchos y tierras; Santiago, el barrio de los *pobres* peones quedaba atrás. La división territorial, se traslapaba con la social. El sistema binario de mayordomías distendía la brecha social entre el barrio *rico* y el *pobre*. La rivalidad simbolizaba el conflicto económico, pero lo resolvía ritualmente en la competencia por realizar los festejos más vistosos. El “dualismo” se fue desdibujando por la reforma agraria y la gradual incorporación a los empleos urbanos. Ahora se expresa de manera simbólica en la veneración en cada barrio a uno de los dos santos patronos, el Señor Santiago y la Señora Santa Ana.

El pueblo celebra dos fiestas anuales: la del 4 de febrero dedicada al Cristo de la Misericordias, asociada con el Año Nuevo mesoamericano, el encendido del Fuego Nuevo y la temporada de secas. El segundo festejo, los días 25 y 26 de julio durante la época de lluvias, en honor al señor Santiago y a la señora Santa Ana respectivamente.

Disputa por el prestigio

Con la urbanización, el orden dual tradicional fue cediendo su lugar al interés económico. El barrio de Santiago aumentaba sus ingresos por los empleos urbanos como el de telefonista. Fue entonces, cuando el sistema de mayordomías se recreó, como la gente tenía dinero: *-Todo mundo quería ser mayordomo*. En Zapotitlán como en las comunidades estudiadas por Wolf, la responsabilidad de organizar las fiestas religiosas incumbe por turno a todas las familias originarias en cada barrio del pueblo (Wolf, 1967, p. 179). Cuando un padre de familia participa en la mayordomía, su prestigio aumenta ante los ojos de sus paisanos, incitándolo a aportar más recursos y trabajo para engrandecer la fiesta. Mientras más se compromete con la responsabilidad de la fiesta, más estimación encuentra entre sus vecinos. Hombres y ahora mujeres, participan varias veces en los cargos, a fin de llegar algún día a presidente de la mesa directiva en la mayordomía, para gozar del prestigio que ello implica. La función económica de la mayordomía como atemperante de las diferencias sociales analizada por Wolf, ha cedido su lugar a la función de generar prestigio (Wolf, 1967, p. 194). Valor simbólico que puede intercambiarse por otro tipo de valores, en la red informal de relaciones económicas y políticas, que subyacen en los intersticios de sociedad nacional y lubrican al sistema mexicano; como el compadrazgo y el clientelismo. El prestigio por haber desempeñado con eficacia un cargo tradicional, demuestra su capacidad para coordinar tareas complejas como la campaña electoral local.

Pese a que los originarios de Zapotitlán han aprendido a desenvolverse en la sociedad de mercado, no abandonaron su sistema de cargos y festejos, pero si lo transformaron para que sirva como mediador de sus relaciones con el mundo ciudadano. Invitar a los compadres, jefes, compañeros de trabajo y estudios a disfrutar de succulentos banquetes, ostentosas fiestas y deslumbrantes “*Danzas Aztecas*”, refuerza las relaciones clientelares y los favores asociados. Además de revertir el carácter despectivo el mal empleado gentilicio indiano de “zapotecos”, al recubrirlo con la gloria del pasado mexicana.

Siendo dos fiestas anuales y dos barrios en el pueblo, lógico sería que cada barrio asumiera una fecha; pero ambas *moitiés* celebran simultáneamente tanto el 4 febrero como el 25 y 26 de julio. El delegado del Gobierno del Distrito Federal en *Tláhuac*, debe inaugurar dos veces la fiesta el mismo día, primero en el templete de un barrio y después en el otro, con unos minutos de diferencia. Para acabar de complicar el sistema, la fiesta de julio es doble, pues el 25 de julio se conmemora al Apóstol Santiago y el 26 de julio se dedica a la Señora Santa Ana. Pues la mayordomía que cada barrio celebra a su santo patrono.

Cada barrio de Zapotitlán formalmente es una *moitié*, sin intercambio matrimonial, formada por redes de parentesco, compadrazgo y amistad. Santa Ana incluye originarios del pueblo que viven en La Nopalera, en la colonia Miguel Hidalgo. Parte de quienes viven en la colonia La Conchita pertenecen al barrio de Santiago. El barrio ya es más una unidad ritual que territorial, sus fronteras se diluyen en la periferia, donde el pueblo se traslapa con la mancha metropolitana. En la colonias periféricas, al lado de un mayordomo respetuoso de las tradiciones que coopera económica y ritualmente; hay *avecindados* que sólo disfrutan de la fiesta y provocan desmanes. Por ejemplo, los hijos del presidente de la mayordomía en turno, acuden a apoyarlo aunque ya no residan ni en el barrio, ni en el pueblo. Las mayordomías viven en permanente rivalidad. Ruzansky advierte que desde que se tiene memoria ha habido rivalidad entre Santiago y Santa Ana (Ruzansky, 1999, p. 79). Aunque ambos barrios son *moitiés* formalmente iguales, compiten por organizar el mejor festejo, con las mejores bandas y castillos de luces, para ganarse un prestigio ante la gente y ante los Santos Patronos; se espera que el Señor Santiago y la Señora Santa Ana intercedan por los mayordomos en el otro mundo, en reciprocidad por su esfuerzo al rendirles culto. Los disidentes religiosos se quejan de que las fiestas nada más sirven *para que los mayordomos presuman*; ellos preferirían que las cuotas se emplearan en algo útil, como la reparación de las escuelas.

En las Fiestas de Luces y Música de Santiago Zapotitlán, sin duda el motor que impulsa el esplendor de las fiestas y los esfuerzos económicos y personales de los mayordomos, es el anhelo de obtener el mayor prestigio. Todos los miembros de la mayordomía compiten, pero las mesas directivas lo viven con más intensidad.

Hay un pique o rivalidad entre las mayordomías: para quemar más *cuetes*, presentar las mejores imágenes pirotécnicas, invitar a la banda más exitosa, presentar más y mejores “toritos” de luces y de cohetes. Aunque no existe ningún jurado que los califique, la propia gente murmura el triunfo: - *¡Ya le dieron en la “madre” (ofendieron) a la otra mayordomía!* Este “pique” o lucha por el reconocimiento social conduce al individualismo. La rivalidad se oculta, las mayordomías afirman trabajar en conjunto. Sin embargo no es raro el conflicto o *bronca, pero no llegan a los golpes, uno que otro jalón*. Es decir, la rivalidad nunca llega a la ruptura. Sin duda esta moderna competencia entre mayordomías, obliga a realizar mejores festejos. Aún el hecho de que llueva o no durante la fiesta, es motivo de rivalidad. Rivalidad que incluye a las familias de los mayordomos, hasta en la escuela primaria los niños se dividen por barrios y se pelean para defender su reputación. La gran discusión al término de los festejos, gira alrededor de cuál mayordomía adquirió más prestigio. Pero la rivalidad profunda no es, como podría esperarse, entre las mayordomías de Santiago y de Santa Ana, sino entre las mayordomías del mismo barrio, la entrante contra la saliente.

Durante el ritual del “Chavarrio” para el cambio de mayordomías, el altar al aire libre se divide en dos, de un lado las mayordomías de Santiago y del otro las de Santa Ana. Al iniciar el ritual, los mayordomos salientes se sientan al frente y los nuevos atrás. Las sillas en la plaza Juárez también se dividen en grandes segmentos, uno para cada barrio, cada cual con arreglos florales diferentes. La música de la banda de cada barrio, tratando de opacar a las representativas de las otras tres mayordomías llena los aires de la plaza. Cada barrio se esfuerza por superar los castillos de luces pirotécnicas del competidor. Hay dos procesiones, una encabezada por el Señor Santiago y otra por la Señora Santa Ana a través de sus respectivos barrios; la plaza del pueblo sirve como término medio o terreno neutral. El día de la clausura cada simbólica *moitié* realiza su paseo de toritos adornados con papel de china multicolor. En la plaza hay dos *corridas* con toros de cartón piedra, la primera es para los niños con “toros de luces” y la segunda más peligrosa de “toritos” con cohetes explosivos. El sistema parece funcionar bajo la lógica de una adscripción disyuntiva, fruto de la rivalidad. Pero en realidad es una adscripción conjuntiva simbólica, pues la rivalidad entre *moitiés*, aunque aparentemente divide en realidad refuerza la identidad de los mal llamados *zapotecos*, tanto de uno como de otro barrio.

En Zapotitlán se desata una competencia que va más allá de los individuos hasta involucrar a las familias. Aunque parece antagónica no lo es, pues siempre hará falta el otro para mantener el juego. En materia ritual Zapotitlán no es una comunidad estática, la competencia entre mayordomías impulsa la expansión y mejoramiento de la fiesta, se dilapida la riqueza para vitalizar los rituales de la comunidad. Los beneficios simbólicos de este sistema dual no son para alguien en específico, todos disfrutan por igual de la fiesta. Y de la negociación temporal de los antagonismos, que ofrecen las obligaciones de reciprocidad entre las mayordomías. En el orden de lo imaginario, estamos ante un caso de aguda competencia, cuyos frutos no son apropiados de manera egoísta, pues se comparten generosamente en la fiesta. Si nos remitimos al mercado, son los corporativos cerveceros quienes se llevan la mejor tajada. El sistema es expansivo por ser competitivo, pero los protagonistas no son los actores individuales, sino las redes de parientes y amigos. En los últimos veinte años se han celebrado fiestas que buscan ser más ostentosas, las fiestas han crecido. En la fiesta de febrero del 2002 circulaban un promedio de 144 personas por minuto sobre la calle que desemboca a la plaza del poblado.

La rivalidad como sistema

119

Hay envidia entre el pueblo de Zapotitlán y el barrio Los Reyes *Coyoacán* por la posesión del Cristo de las Misericordias. Existe rivalidad entre los originarios de Zapotitlán y los *avecindados* que llegaron del *centro* de la capital, llamados la gente *de la ciudad*. Además hay tensión competitiva entre el poder tradicional de las mayordomías y el poder civil de la Ciudad de México, manifestado como antagonismo entre las mayordomías y el delegado de gobierno de Tláhuac. Las relaciones entre el Coordinador del pueblo y la autoridad de Tláhuac también manifiestan rivalidad, se concede mayor jerarquía y reconocimiento moral a la autoridad tradicional, pero se acata la legislación nacional. El Coordinador Territorial del poblado, vive una situación de compromiso: para la delegación política del gobierno del Distrito Federal, es un funcionario designado; para el pueblo es su representante ante el poder de la delegación. Hay rivalidad por el prestigio entre las mayordomías y las danzas, entre la danza de los Santiagueros y las *Danzas Aztecas*. Los tres grupos de *Danza Azteca*, integrados por parientes directos rivalizan entre sí.

Existe rivalidad entre las mayordomías y los grupos culturales; entre los que son telefonistas y los que no lo son; entre las familias de telefonistas originarios dentro de la empresa; entre los telefonistas *zapotecos* y los *chilangos*. La rivalidad binaria se replica en el pueblo a partir de su división en dos barrios a niveles que parecen exagerados, pero que corresponden a la realidad. La rivalidad simbólica se manifiesta hasta en el deporte; el equipo de fútbol de los azules compite con los rojos del Necaxa. Tanto el Club Santiago como el Club Raíces, eligen a su reina del carnaval, por lo que se discute cuál es la más hermosa. También hay rivalidad por el prestigio entre las mayordomías y las comparsas de carnaval; y entre las mesas directivas de las comparsas de carnaval. Cada barrio tiene su comparsa, la de los Charros es de los *ricos*, portan atuendos bordados, obviamente de plata y oro. Los Caporales del club Santiago portan calzones de cuero, como los que usa el ranchero y la ropa de trabajo del caporal. Dicha tradición se rediseñó, integrando una comparsa de los Zapatistas o *calzonudos*, para crear un término medio entre la dualidad que constriñen ritualmente a la clase alta, media y baja. Largas sesiones son necesarias para establecer los fines de semana en que podrán desfilar las distintas comparsas del carnaval. Cuando Charros, Caporales o Zapatistas se llegan a cruzar en sus recorridos, todos los bandos se quejan de que les bloquearon el paso. Las familias de las candidatas a reinas de carnaval no están exentas de la competencia general por el prestigio en el Zapotitlán.

El prestigio que antes de la modernización se concentraba indiscutiblemente en algunas personas, se diluyó ahora entre los más de cien integrantes de las actuales mayordomías y la gran cantidad de personas que pagan su cuota para las fiestas. Como el prestigio es excluyente, el presidente y la mesa directiva se esfuerzan en concentrarlo y apropiárselo. *Allí donde la gente tiene muy poco y donde la vida es incierta, la buena suerte de los conciudadanos parece destinada a despertar envidias* (Foster, 1972, p. 152). El único bien que no está limitado en las comunidades campesinas es el prestigio. *Cualquier número de hombres lo puede lograr mediante el cumplimiento de las obligaciones rituales lugareñas, y el único límite práctico de su monto será el número de hombres que puedan aceptar un patrocinio tan costoso* (Foster, 1972, p. 141). Pero en Zapotitlán ese monopolio de prestigio garantizado a quienes pudieran patrocinar las fiestas suntuarias, se rompió con el sistema de pago por cuotas de todos los cabezas de familia en los barrios. Ahora el prestigio hay que disputarlo ante aliados y competidores.

El prestigio en el pueblo es un bien limitado de tipo excluyente, que depende de lo ostentoso de los festejos. En el pueblo disputan por el prestigio: la mayordomía que recibe el cargo contra la que lo entrega, pese a ser del mismo barrio; la mayordomía de un barrio contra la del otro; los miembros de la mesa directiva de la mayordomía entre sí; así como el presidente de la mayordomía frente al cura de la parroquia, al coordinador territorial y al delegado político. Por lo que todos se envidian entre sí y se espían mutuamente para saber con antelación si la mayordomía competidora presentará algo que pudiera minimizar el esfuerzo propio. Sin embargo este sistema de envidias estimula la celebración de las Fiestas de Luces y Música, pues la aguda competencia supera cuantitativa y cualitativamente cada festejo, y con ello la pervivencia cultural del pueblo y sus barrios binarios.

En los últimos setenta años, Zapotitlán vivió un acelerado proceso de cambio social, la gente dejó de hablar *mexicano* o náhuatl y abandonó el cultivo del maíz para ir a trabajar a la cercanísima Ciudad de México. El esquema dual de un barrio de *pobres* y otro de *ricos*, abrió paso a una estratificación social diversa dentro del pueblo. Afortunadamente la rivalidad desatada por la competencia entre mayordomías, reafirma las alianzas en las familias ampliadas. Para competir frente a las mayordomías rivales, la familia extensa se reagrupa con amigos y vecinos, refuerza sus lazos para defender su prestigio. La principal rivalidad no es contra la mayordomía del otro barrio, para conservar su prestigio, la mayordomía entrante debe superar o al menos igualar el desempeño de la mayordomía saliente en su propio barrio. Hay casos donde las familias cambian de mayordomía para no tener que colaborar con sus rivales.

Competencia no disyuntiva

En la competencia por el prestigio entre las mayordomías de Zapotitlán se distingue por dos rasgos: a) no puede llevar a la eliminación del contrario, pues el oponente dual es necesario para continuar el juego de rivalidades. b) Y es una falsa competencia. Pues cada parte considera de inicio, que será la ganadora y que el competidor está perdido. Los esfuerzos de la mayordomía antagonista son desestimados e ignorados. Aún en el caso de una derrota evidente, el competidor es despreciado, pues dada su “debilidad” de origen, sólo podría ganar cometiendo una traición.

El cargo más respetado es el de Coordinador General de Mayordomías, obvio hay uno por cada barrio. Todos los jefes de las redes de parentesco, incluyendo aquellas de dinastía telefonistas quieren tener un cargo. De “lo que sea”, no importa si es tradicional, civil o político. Es deseable pertenecer a una mayordomía; es mejor ser de la mesa directiva; y ¿por qué no? llegar a ser presidente. Pero nadie desprecia un cargo en las comparsas, en la pastorela de Semana Santa o en las peregrinaciones. Si no se puede ser presidente de la comparsa de los charros, se funda una comparsa de niños charros y se obtiene un cargo, otra forma de lograrlo es hacer la promesa de donar algún cuadro o reliquia a la iglesia. Las familias anhelan que sus hijas y niñas sean reinas o al menos princesas, ya sea de los Caporales o de las fiestas patrias. La competencia por el prestigio involucra a las redes de parentesco y a sus aliadas, que se coaligan de acuerdo a la coyuntura abierta por la disputa del cargo. Un buen ejemplo es la mayordomía seis del barrio de Santa Ana, formada básicamente por parientes, compadres y amigos; por eso se hacen llamar los “Villalobos” y portan camisetas adornadas con la imagen de su animal totémico: un lobo. Cuando ya se ha sido presidente de varias de estas opciones se puede aspirar a tener un cargo político. Aunque se prefieren las candidaturas de alguno de los dos partidos que reivindicán las conquistas de la revolución, el Partido Revolucionario Institucional PRI o el Partido de la Revolución Democrática PRD, pero el compromiso ideológico es débil. Si durante las elecciones primarias no se logra el cargo, los aspirantes emigran a los partidos pequeños, lo importante es ser candidato o coordinador de campaña “para quedar bien” con los paisanos.

Antes de la reforma electoral el nombramiento de la autoridad del pueblo era sencillo, se reunía el pueblo en asamblea para consensuar la persona idónea, el sistema de partido casi único se encargaba de éste asumiera el cargo, el voto era sólo una formalidad. Hoy la competencia electoral divide a la comunidad, algunos mayordomos maduros mantienen sus lazos con el PRI. Los jóvenes han aprovechado la apertura del PRD, pero a todos les queda claro que la fidelidad primaria es: con la familia, después con el pueblo y no es con el partido. La defensa de las tradiciones y la cultura es la causa que más prestigio otorga en el pueblo, cada familia se asume como la más fiel a las costumbres. Mención especial merece el Grupo Cultural Expresión, que tanto aportó para el rescate y la conservación de las tradiciones en Zapotitlán. Algunos de ellos han sido parte del aparato cultural de la delegación del gobierno de la ciudad en Tláhuac.

Pero también ahí surge la rivalidad por el prestigio, entre los funcionarios originarios de los pueblos y colonias de la delegación; y los funcionarios vecindados o los funcionarios del partido enviados desde la Ciudad de México.

Algunas expresiones de reciprocidad

Ahora cuando todo es cuestión de pesos y centavos, el pueblo sufre los estragos de la envidia y la competencia por el prestigio. Sin embargo perviven algunos rituales de reciprocidad simbólica, que subliman la rivalidad imperante al menos en los días de fiesta. En las bodas, los padres del novio retribuyen a los de la contrayente con un pavo o *Guajolote*, en calidad de “pago de la novia”; en la mayoría de bodas se sigue celebrando un ritual conocido como el “Baile del Guajolote”. Dicho ritual propicia la fecundidad; el arroz y el mole auguran la abundancia para la nueva pareja. Los ancianos todavía llaman *tonal* al pavo, lo que quiere decir alma en *náhuatl*. Se celebraban las bodas con fiestas duales simultáneas: una en casa del novio para sus parientes y otra en casa de la novia con su familia, pero la costumbre ha caído en desuso. El “Baile del Guajolote” se ha incorporado a otras fiestas, como los bautizos y lo quince años. En la fiesta de *Corpus Christi* las niñas intercambian ofrendas como: enchiladitas, tlatloyitos de frijón y tortas muy pequeñas. También las “gorditas” típicas de Zapotitlán, elaboradas con el maíz lavado de los tamales, manteca, queso y sal. Todos estos platillos se comparten recíprocamente entre familiares y amigos, en el atrio de la parroquia del pueblo.

Las Danzas Aztecas del pueblo, invitan a otros grupos del país al “Encendido del Fuego Nuevo”. En su ritual de velación, los danzantes agradecen el apoyo de grupos de otros pueblos que los acompañan, manifestando su *promesa* recíproca de visitarlos durante los festejos de sus santos patronos. El primero y el dos de noviembre se monta la Ofrenda para los Muertos. Algunos “ofrenderos” van de casa en casa, rezando alabanzas a cambio de caña, fruta y pan. Después se “intercambian calaveras” o frutas de la ofrenda entre parientes, compadres y vecinos. En Zapotitlán, después del bautizo, el padrino acostumbraba devolver simbólicamente el ahijado a sus padres y agradecerles tal honor. En reciprocidad los padres agasajaban a los padrinos con pan de dulce y queso servido en grandes platones. Pues como señalan Mintz y Wolf, desde ese momento son parientes espirituales por “compadrazgo” (Mintz y Wolf, 1950, p. 94).

También se busca un compadre con buenas relaciones sociales y económicas, para: los quince años, el matrimonio, la Virgen de Guadalupe del altar hogareño, el Niño Dios de la familia, la vivienda nueva, etcétera. Se consiguen compadres hasta para las cruces, altares y fiestas. Los miembros de la Danza Azteca deben ser apadrinados para ser capitanes u obtener un grado. La función real del compadrazgo bajo la acelerada modernización que profundiza la diferenciación social y cultural en Zapotitlán. Consiste en incrementar las posibilidades del niño y su familia, de acceder a apoyos y oportunidades, aún en instituciones como Telmex que les resultan ajenas. Entre más compadres se tienen es mejor, sobre todo si son personajes importantes en la ciudad, pues se incrementa el capital social y prestigio de la familia. Tan extenso muestrario de reciprocidad en Zapotitlán, no implica que la comunidad haya tenido éxito ante el mercado posmoderno. Ni que las obligaciones de reciprocidad entre las *moitiés* regulen el antagonismo de clase, o diluyan la brecha abierta por los altos ingresos de los telefonistas. El carácter conjuntivo de las rivalidades, que evitaría la ruptura, sólo existe en el imaginario de la gente del pueblo; específicamente durante los días de fiesta. Pues es profunda la desigualdad de ingresos y posibilidades entre los habitantes y las familias, bajo la economía de mercado imperante en la Ciudad de México.

A manera de conclusión

Entre los mayordomos encargados de celebrar las fiestas patronales, rituales y carnavales en los pueblos originarios ubicados al sur de la Cuenca de México. Existe un profundo anhelo de ganar prestigio realizando los festejos más faustuosos con el mayor gasto posible. Por lo que se desatan rivalidades entre los mayordomos que entran y salen de un cargo por obtener el mayor reconocimiento entre sus paisanos. En el caso de Zapotitlán la rivalidad es más intensa por el carácter dualista de sus festejos dedicados al Señor Santiago y a su Señora Santa Ana, los que son celebrados por cada uno de los dos barrios tradicionales del pueblo. Sin embargo tal rivalidad o pique no es disyuntiva pues no se puede eliminar al competidor porque terminaría el juego. Su específica forma de rivalidad por el prestigio resulta conjuntiva, pues la competencia estimula la emulación entre una y otra facción contendiente, lo que permite la expansión y enriquecimiento de los festejos. Lo cual permite que se mantenga la vida comunitaria al menos durante el periodo de fiestas, a pesar de la creciente presión de la mancha urbana sobre el pueblo.

El abandono de sus labores campesinas, no significó la desaparición de su sistema de cargos y festejos, pero sí su readecuación para utilizarlo como mediador en sus relaciones culturales, sociales y económicas con el mundo ciudadano. De ahí que los festejos del pueblo se expandan en lugar de desaparecer, sin negar que se ajusten al nuevo contexto en la sociedad de mercado.

Referencias

- Acosta, E. (2007). El culto a los santos en Milpa Alta. Una aproximación a la conformación de una tradición religiosa y una identidad comunitaria en la Cuenca de México: siglos XVI-XVIII. En Medina, Andrés (coord.), *La memoria negada de la Ciudad de México: sus pueblos originarios*. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM, Centro de Estudios sobre la Ciudad-Universidad Autónoma de la Ciudad de México. 125-165.
- Adler-Lomnitz, L. (1994). *Redes sociales, cultura y poder: ensayos de antropología latinoamericana*. México: Grupo Editorial Miguel Porrúa y Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Carrasco, P. (1979). La jerarquía cívico religiosa en las comunidades de Mesoamérica. En Llobera, José R. (ed.), *Antropología política*. Barcelona: Anagrama. 232-240.
- Escobar, F. (2009). *Historia, tradición y organización comunitaria en los pueblos originarios de Iztapalapa: continuidad, transformación y la construcción de identidades*. México: Posgrado en Ciencias Antropológicas, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa. Tesis de Maestría en Ciencias Antropológicas.
- Estrada, N.L. (2005). Mayordomías y vida urbana en el antiguo pueblo de Iztacalco en la actualidad. En Yanes, Pablo; Molina, Virginia y González, Oscar, *Urbi indiano, la larga marcha a la ciudad diversa*. México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México y Dirección General de Equidad y Desarrollo Social. 339-362.
- Florescano, E. (2002). *Historia de las historias de la Nación mexicana*. México: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.
- Foster, G. M. (1972). The Anatomy of Envy: A Study in Symbolic Behavior. *Current Anthropology*, 13 (2), 165–186.
- Herazo, K. (2015). *Hacia una psicología comunitaria comprometida con los pueblos originarios de nuestra América*. México: Facultad de Psicología-UNAM.

- Levi-Strauss, C. (1994). On Dual Organization in South America. *América Indígena*, IV(1), 37-47.
- Luna, E. (2005). La figura tradicional de la autoridad en los pueblos de Tlalpan, en Yanes, Pablo; Molina Virginia y González, Oscar, *Urbi indiano, la larga marcha a la ciudad diversa*. México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México y Dirección General de Equidad y Desarrollo Social. 327-322.
- Maybury-Lewis, D. (1979). Introducción. En Maybury-Lewis, David (Ed.), *Dialectical Societies: the Ge and Bororo of Central Brasil*. Cambridge: Massachusetts and London, England: Harvard University Press.
- Medina, A. (2000). La textura india de la Ciudad de México, *Antropológicas*. 17, 5-16.
- Medina, A. (2007). *La memoria negada de la Ciudad de México: sus pueblos originarios*, México: Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM y Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
- Mintz, S.W. y Wolf, E.R. (1950). An Analysis of Ritual Co-parenthood (compadrazgo), *Southwestern Journal of Anthropology*. 6(4), 341-368.
- Mora, T. coord. (2007). *Los pueblos originarios de la ciudad de México. Atlas etnográfico*, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Montero, M. (2004). Participación y compromiso en el trabajo comunitario. En Montero, Mariza, *Introducción a la psicología comunitaria. Desarrollo, conceptos y procesos*. Buenos Aires: Paidós.
- Norman, T. (1988). Dual barrios and social class development in middle America, *Ethnology*, 27(2), 195-211.
- Portal, A. (1997). *Ciudadanos desde el pueblo. Identidad urbana y religiosidad popular en San Andrés Totoltepec, Tlalpan, México, D.F.* México: Culturas Populares, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Romero, M.T. (2007). La mayordomía de Los Reyes, Coyoacán. En Medina, Andrés (coord.), *La memoria negada de la Ciudad de México: sus pueblos originarios*. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM y Universidad Autónoma de la Ciudad de México. 209-244.

- Ruzansky, A. (1999), *Las mayordomías de Santiago Zapotitlán, un pueblo de Tláhuac*, México: Escuela Nacional de Antropología e Historia. Tesis de Licenciatura en Antropología Social.
- Tadeo, R. (2007), Memoria y tradición en San Juan Ixtayopan. En Medina, Andrés (coord.), *La memoria negada de la Ciudad de México: sus pueblos originarios*. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM y Universidad Autónoma de la Ciudad de México. 245-281.
- Wolf, E.R. (1967), *Pueblos y culturas de Mesoamérica*. México: Ediciones Era.